

Buenos días a todos:

Soy Inmaculada Soto, Ada, como me llamaron mientras estuve en el Instituto de Ortigueira entre 1978 y 1982. Aquí empecé en primero de BUP, el año de la inauguración del centro. Después de hacer COU estudié Derecho en Santiago de Compostela y tras aprobar unas oposiciones, llevo casi 30 años trabajando en Madrid.



INMACULADA , ALUMNA NOS PRIMEIROS ANOS DO INSTITUTO

En primer lugar, quiero agradecer la iniciativa de los organizadores de promover esta reunión de antiguos alumnos, profesores y colaboradores del Instituto en su 40 aniversario. Gracias al impulso de Bernardo, y especialmente la iniciativa de Santiago que fue a mi casa de Moeche a llevar la invitación, tengo la oportunidad de saludar a conocidos y amigos que hace muchísimos años que no veo y me alegra mucho poder hacerlo.

Pero cuando Santiago me pide que diga unas palabras sobre los recuerdos y las experiencias de aquellos primeros tiempos del Instituto desde el punto de vista de una alumna, paso de ser una buena espectadora a participar como peor oradora. Así que, intentaré transmitir mi impresión de aquellos años como alumna, a la que se añade la visión de aquellos que no éramos de la villa, ni siquiera del Ayuntamiento.

En 1978 yo era la primera y en aquel año la única alumna, que desde Moeche iba a hacer primero de bachillerato en este Instituto. Venía desde un pueblo a medio camino entre Ferrol y Ortigueira, y cuando mis padres se plantean que la niña siga estudiando, entre ambas opciones, eligen Ortigueira, opción absolutamente minoritaria en relación con resto de los alumnos que salían del colegio en Moeche.

Las razones de esa decisión:

- La primera, que siendo mi madre de San Claudio, mis padres estaban muy al tanto de los esfuerzos que desde hacía años se hacían para conseguir un centro de estas características para la comarca de Ortigueira.

- La segunda, que Ferrol parecía una opción mucho más peligrosa para la niña de 14 años.

Así que en estas fechas hace cuarenta años empecé mi bachillerato en unas instalaciones provisionales que estaban detrás del antiguo escolar y que provocaron en mí sensaciones encontradas:

- Por un lado, un gran respeto por todo lo nuevo y un poco de miedo a lo desconocido. Estaba fuera de casa, los profesores eran nuevos, los alumnos nuevos, las materias nuevas. Veía con un poco de envidia a aquellos que no tenían tantas variables novedosas, que venían del colegio de Ortigueira, que estaban en casa y sus compañeros eran los amigos del colegio.
- Por otro lado, tengo que destacar la primera impresión que me produjo estudiar durante ese primer año, mientras que concluyeron las obras del edificio donde hoy está, en unas instalaciones más pequeñas y con menos alumnos y menos medios, que el colegio que yo había dejado en Moeche. Aunque, lejos de ver en eso un inconveniente, para mí, le daba un carácter más familiar y acogedor haciendo el ambiente menos hostil y más amigable, que facilitó el aterrizaje en la nueva etapa educativa, al menos el edificio no impresionaba.
- Esto cambió en el segundo año donde las instalaciones de las que disponíamos se correspondían ya con las que debía de tener un centro de estas características, pero a esas alturas ya me sentía más integrada.
El repaso estos días de las publicaciones de la revista del centro donde se cuenta la gestación de su construcción, y se relata el esfuerzo de todos aquellos que participaron en ella e incluso

colaboraron con ella económicamente, me impulsa a hacer una referencia a la idea que tengo asociada con aquellos momentos de mi vida, el esfuerzo:

- El esfuerzo de los impulsores de la creación del Instituto, de los habitantes de Ortigueira, que vieron en el instituto un elemento que mejoraría la educación de sus hijos y, en consecuencia, las opciones de futuro suyas y de la comunidad en la que viven.

- Del esfuerzo que los padres, especialmente de los que veníamos de los pueblos y aldeas, tenían que hacer para que pudiéramos asistir, no solo el económico, también en muchas ocasiones, llevándonos o trayéndonos, incluso prescindiendo de la ayuda que en casa pudiéramos prestar. Un esfuerzo que para muchos continuó en la medida en que nosotros siguiéramos estudiando.

Al principio nos quedábamos con parientes cuando teníamos esa suerte como era mi caso, o en pisos alquilados por varios alumnos. El segundo año ya veníamos varios en Feve y volvíamos en el coche de línea, con unos horarios que no se ajustaban a los del centro, hasta que nuestros padres negociaron con IASA para que aumentara la ruta del coche que hacía la del colegio de EGB y nos venía recogiendo empezando en Moeche, por La Barquera, Campo del Hospital, Mera, San Claudio, Senra, Cuiña y por fin, Ortigueira. Era una verdadera aventura de ruta, con un autobús que hoy en día, no reuniría los estándares mínimos para ello. Cuando llovía corría el agua por los pasillos, hacía mucho frío en invierno y en alguna ocasión de repente se quedaba sin luces. Además, teníamos un conductor, digamos, muy peculiar.

- Conscientes como éramos de este esfuerzo paterno nosotros correspondíamos como podíamos con el nuestro. Había que levantarse muy pronto, a las siete de la mañana, para iniciar la ruta de lunes a viernes y volver a casa más allá de las siete de la tarde.

Al estar todo el día fuera había que añadir muchas veces, que algunos compañeros tenían que echar una mano en casa al llegar. No olvidemos que veníamos de pueblos rurales donde el trabajo en casa no se acaba nunca.

En medio de todo esto había que encontrar el momento para estudiar aprovechando el tiempo que quedaba.

En definitiva, quiero destacar que esta etapa nos inculcó una buena dosis de responsabilidad y la necesidad de esforzarse para conseguir aquello que uno quiere lograr.

Dicho esto, también es cierto que, como pasábamos el día entero en Ortigueira, teníamos mucho tiempo libre. De hecho, gracias a eso conocimos la buena comida de casa Lolita, los primeros tiempos en el escolar y luego en su restaurante, y después los cafés en el Ciclón y en el Galaripos, hasta que volvíamos a clase. Muchas veces pasábamos ese tiempo jugando al vóley o al baloncesto. También podíamos ir a la biblioteca, pero era la opción menos utilizada. Incluso hubo tiempo para guateques, de vez en cuando.

Toda esa convivencia, el trayecto diario en el autobús, nos permitió hacer un buen grupo de amigos.

Esta fue una etapa trascendental de la vida en la que atravesamos

una adolescencia, más o menos complicada y en la que en este Instituto, además de la formación académica, fuimos adquiriendo también conciencia de los cambios políticos que se producían en la sociedad.

Nuestro Instituto cumple años con la Constitución de 1978 y todavía estábamos estudiando aquí cuando unos años después se produce el intento de golpe de Estado del 23 F.

Académicamente, recuerdo lo que me costaba la filosofía y lo que me gustaban las matemáticas hasta que un profesor, tras ser la única de la clase a la que aprobó en un examen, me decía poco después que se arrepentía de haberlo hecho. Eso acabo de convencerme de que lo mío eran las letras.

Me gustaba mucho el latín, y pude apreciar de verdad su utilidad cuando me lo encontré en las múltiples citas que oiréis a todos aquellos que estudian y se dedican al Derecho; me encantaba la Historia del Arte, no se me daba mal la descripción y el análisis de las obras de arte, aunque me sintiera un poco ridícula haciéndolo en voz alta; y el francés, de hecho, pensaba estudiar filología francesa hasta que en COU cambie de rumbo hacia el Derecho.

Estas siguen siendo hoy aficiones que se deben al buen hacer de los profesores que, además de enseñarnos la asignatura, eran capaces de hacer que nos entusiasmaran.

En definitiva, creo que los que aquí estudiamos, salimos de un ámbito local y modesto, y nos educamos en lo que ahora se denomina cultura del esfuerzo, que nos llevó a tratar de conseguir unas metas para las que la formación que recibimos en el Instituto sirvió de base.

Recuerdo con mucho cariño mi paso por Ortiguera, hace un par de años les enseñe a mi marido y a mis hijos el instituto, y les contaba las anécdotas, recuerdos, incluso alguna gamberrada. Pero también me produce un poco de nostalgia darme cuenta que el bullicio y animación de entonces no es el de ahora.

Para finalizar, quiero reiterar mi agradamamiento de nuevo a los organizadores por la oportunidad de reunirnos otra vez después de tanto tiempo y desear que el Instituto siga cumpliendo las expectativas de todos aquellos que consiguieron que se hiciera realidad.

Muchas gracias